



Milena Rodríguez
Gutiérrez

Seis caras de Raúl Rivero

1. El hombre

Debo empezar aclarando que no escribo este artículo desde una posición neutral, equidistante. Soy cubana y no islandesa. Por lo tanto, esa posición hipotética, suponiendo que existiera, me resulta imposible de asumir. Pero, además, Raúl Rivero no es para mí una voz sin rostro en unos versos; ni siquiera, aunque lo sea, un mero símbolo de la resistencia o de la lucha por la libertad del pueblo cubano. Es, sobre todo, un hombre de carne y hueso, alguien a quien conozco y admiro, a quien he escuchado hablar, reírse, contar chistes (una de sus ocupaciones favoritas), y que ahora se está pudriendo en una cárcel por tener el coraje de poner por escrito lo que muchos cubanos pensamos y no nos atrevemos a decir.

Hechas estas necesarias observaciones, paso a contar lo que puedo decir del hombre llamado Raúl Rivero, unas pocas cosas limitadas y parciales (por otro lado, como casi todo lo que puede uno decir sobre alguien o, incluso, sobre sí mismo).

Quizás los rasgos más llamativos del hombre llamado Raúl Rivero sean su simpatía y su agudo e incisivo sentido del humor. Raúl es —era, según dicen ha bajado veinte kilos en la cárcel— un gordo simpático, inteligente, irónico. Sus ironías tocaban a veces al poder. Al menos, en el mundillo intelectual cubano circulaban diversas “leyendas” sobre sus “hazañas”. Una de ellas era el nombre que había dado al que fue en una época Secretario de la UNEAC (la Unión de Escritores y Artistas de Cuba), un oscuro burócrata de la política de apellido Santana, a quien Raúl había apodado “Santanás”, con el beneplácito de gran parte de los intelectuales cubanos. Dicen que un día llegó a decirle a este burócrata: “Tú eres la única persona que ha conseguido dividir a los escritores cubanos en dos bandos: los que quieren *arrastrarte* por H y los que prefieren hacerlo por H” (H y H son las calles en las que se sitúa la sede de la UNEAC).

Pero hay otro rasgo del hombre llamado Raúl Rivero que me gustaría destacar, un rasgo no de humor, sino de seriedad y honestidad, que corresponde al Raúl de finales de los 90, ese que ya había elegido claramente el camino de la disidencia: Raúl dejó de frecuentar a sus amigos para no comprometerlos. Apenas llamaba por teléfono ni visitaba a nadie. “Paranoico”, le llamaban entre ellos sus amigos en voz alta; sin atreverse, desde luego, a romper la regla establecida por Raúl.

2. El poeta

La poesía de Raúl, como él mismo, está llena de inteligencia, de fuerza, de sentido del humor. Coloquialismo, conversacionalismo, cotidianidad, son algunas de las características de su poesía, que lo identifican con el grupo poético al que pertenece, la llamada “Generación del *Caimán*



Barbudo” (revista cubana de literatura fundada en 1966 por Jesús Díaz) y en la que se incluyen nombres como los de Luis Rogelio Noguera o Guillermo Rodríguez Rivera. Pero hay también en la obra de Raúl influencias de grandes poetas cubanos, como Martí o Dulce María Loynaz.

Es cierto, sin embargo, que algunos de sus poemas de aquellos años —sobre todo los de los libros primeros— se han quedado antiguos. Escritos dentro de una etapa de su obra que podríamos llamar “de la inocencia, del paraíso aún no perdido”, reflejan unas circunstancias, a veces no muy elaboradas literariamente (como muchos de los poemas que se escribieron en la Cuba de entonces desde el fervor revolucionario), que ahora suenan demasiado lejanas. Hay, sin embargo, unos cuantos poemas que siguen vivos. A mí me gustan especialmente los de amor, como “Donde clamo por Ángela”, que

termina con ese verso atrevido y emocionante: “Ángela, amor, hija de la gran puta, vuelve a darme tu fiebre”; o el irónico “Epidrama”: “El amor, oh Grisel, no se busca, el amor es como el no hit no rum, o como la militancia del Partido” (la frase en inglés pertenece al vocabulario pelotero, o del béisbol, y se traduciría como: cero *hit*, cero carrera); o el excelente “Dazibao”, en el que Raúl consigue conjugar con gran acierto los presupuestos colectivos revolucionarios y los intereses individuales: “Que las masas populares odien a esta mujer / y los organismos del Estado / rompan por decreto especial / sus contactos con ella. (...) En este muro la denuncio ante el pueblo / aquí expongo que me dejó una tarde / sin previo aviso / sin habla y sin amor”.

La “segunda época” de la poesía de Raúl Rivero comienza en los años 90. Esta es ya la “etapa del paraíso perdido” y los poemarios que a ella pertenecen deben editarse fuera de Cuba. En estos libros, el optimismo se ha transformado en un profundo escepticismo, en hondo desencanto. El poeta que antes cantaba en actitud triunfal, se dedica ahora a denunciar, o a describir el fracaso. Uno de los poemas emblemáticos de esta nueva época, incluido en el libro *Firmado en La Habana*, de 1996, es el espléndido “Preguntas”, que podría resumir el sentimiento de fracaso de la generación de Raúl ante la Revolución cubana: “Por qué, Adelaida, me tengo que morir / en esta selva / donde yo mismo alimenté / las fieras / donde puedo escuchar hasta mi voz / en el horrendo concierto de la calle. (...) Por qué me tengo que morir / no en mi patria / sino en las ruinas de este país / que casi no conozco.” Una voz más serena y clásica es la que aparece, sin embargo, en sus últimos poemas publicados, los del libro *Recuerdos olvidados*, editado en España en 2003. El mismo motivo de “Preguntas” lo encontramos así en el precioso “Soneto”, contado de otro modo: “Puedes mirar, ya aquí no queda nada / Una planicie, la hojarasca, el viento / Un inventario de resentimiento / Bajo

un temporal de agua pasada. (...) Mira otra vez la nada sumergida / El mundo que deshizo el entramado / Gaseoso, fantasmal, desvanecido. / Ya no quedan ni huellas de esa vida / Sólo la sal del llanto derramado / Por la oscura región de nuestro olvido.”

3. El periodista

Reconozco que en Cuba nunca seguí muy de cerca la labor del periodista oficial llamado Raúl Rivero. Sé que durante algunos años fue corresponsal de *Prensa Latina*, la agencia nacional de noticias cubana, en la Unión Soviética; un cargo, sin duda, de confianza política. El periodismo, en Cuba, con excepciones muy contadas, es una tarea que goza de escasísimo prestigio entre los ciudadanos de a pie: Si hay algún sitio donde todo marcha bien, donde se construye de veras el socialismo, ese sitio es el noticiero y, por supuesto, los periódicos. Allí, todo son éxitos y victorias. Porque, como ya se sabe, en Cuba todos los medios de comunicación son gubernamentales. Por eso, la labor periodística más significativa de Raúl, esa por la que ha sido encarcelado, es la que comenzó en los años 90, como periodista independiente. “Hermosa imprudencia” llamó Raúl alguna vez a esta labor, parafraseando a Gastón Baquero. Y él mismo justifica este trabajo en uno de sus artículos como periodista independiente, el titulado “Internet y el indio Hatuey”: “No es el periodismo una embajada de Dios. Pero una comunidad o un país sin prensa libre puede convertirse en un campamento militar o en una parcela de la arbitrariedad.”

4. El disidente

El año en que comenzó la disidencia exterior (o exteriorizada) de Raúl Rivero fue 1991, aquel en que se escribió la conocida como “Carta de los diez”. Aquel año, diez intelectuales cubanos, entre ellos tres valiosos poetas como Manuel Díaz Martínez, el propio Raúl y María Elena Cruz Varela, firmaron una Carta en la que se atrevían a pedir algunas reformas económicas y políticas ante la gravísima crisis abierta en Cuba por la caída del campo socialista. Aquella carta nunca se publicó en Cuba, a pesar de que sus autores la enviaron al *Granma*. En su lugar, apareció una respuesta en ese periódico bajo el título “Una nueva maniobra de la CIA”, en la que se acusaba a esas personas de ser “los herederos del anexionismo”, una estrategia practicada sistemáticamente por el gobierno de Fidel Castro, desde la temprana fecha de 1959 con el Comandante Huber Matos, para desacreditar a cualquier cubano que se atreva a “desafiar” lo establecido. La “estrategia de la calumnia”, habría que llamarla. Amenazados, acorralados, difamados, repudiados por las organizaciones oficiales de periodistas y escritores cubanos, expulsados de sus trabajos, todos los autores de aquella Carta “eligieron” el exilio. Con una excepción, Raúl Rivero, que decidió quedarse, contra todo pronóstico y sentido común.

Después de aquella carta, Raúl fue condenado al ostracismo total, se convirtió en poco más que un paria en su propio país. Y comenzó la “labor disidente”, esa por la que ha sido encarcelado, una labor absolutamente normal en la mayoría de los países del mundo: publicar artículos perio-

dísticos. Es cierto que los publicaba en periódicos y revistas “extranjeros”. Pero eso no es culpa de Raúl, sino del Estado cubano, que allí es dueño de toda la prensa. ¿Dónde iban pues a tener interés los trabajos de Raúl? Pues, lógicamente, los sitios posibles eran los periódicos y revistas de y para cubanos que no pertenecen al Estado cubano; los fundados por cubanos necesariamente fuera de Cuba, porque en su país les está prohibido, como *Encuentro de la Cultura Cubana* y la *Revista Hispano-Cubana*, en Madrid; o *El Nuevo Herald*, de Miami. Para colmo, Raúl no se conformó con esto, sino que tuvo, además, la osadía que no habían tenido otros: fundar, dentro de Cuba, una agencia de noticias y dos revistas independientes.

¿Y de qué hablan esos artículos? Pues de las cosas “feas” de las que en Cuba no se habla: la miseria de los muy humildes; las diferencias de clase en Cuba; la falta de derechos de los gay; la persecución y represión de los opositores pacíficos; la demagogia oficial cubana; la necesidad de la prensa libre; el deseo de libertad. Temas, de más está decirlo, absolutamente prohibidos en el *Granma*.

5. El preso de conciencia

Quien lea la causa por la que se condena a Raúl Rivero podrá ser sacudido por diversos sentimientos: vergüenza, ira, incredulidad: ¿Hay algún país respetable en el que exista un delito denominado “Actos contra la independencia o la integridad territorial del Estado”? ¿Constituyen pruebas para condenar a alguien a 20 años de cárcel “materiales subversivos” como una radio marca Sony, una grabadora, una máquina de escribir, o un sobre de artículos periodísticos? Pero en un país como Cuba esas cosas pueden ocurrir; llevan, de hecho, demasiado tiempo ocurriendo.

Así que allí está Raúl, a más de 400 kilómetros de su familia, cumpliendo una condena del gobierno cubano, a pesar de haber sido declarado preso de conciencia por Amnistía Internacional.

6. El símbolo

Hay varias razones por las que alguien llega a convertirse en un símbolo. En primer lugar, porque representa el pensamiento, las ideas de muchos. Si, además, esas ideas están perseguidas o son ilegales, las razones se multiplican.

Pero creo que hay una razón muy poderosa para el carácter simbólico que ha adquirido la figura (ya se sabe, cuando alguien se vuelve símbolo adquiere la condición de figura) de Raúl Rivero. Y es que Raúl representa claramente a la gente de izquierdas que creyó en la Revolución cubana: los cubanos y los no cubanos. Los que se quedaron, física o metafóricamente, con ella. Su desencanto es así el desencanto de todos ellos.

Hasta el año pasado, Raúl era un poeta, un periodista, un disidente casi desconocido; un hombre, en fin, admirado o despreciado (según quién lo mirara) por unos pocos. Ahora, el gobierno cubano lo ha convertido en un símbolo, un símbolo al que reconocen, y en el que se reconocen, muchos. Eso hacen las dictaduras, fabrican símbolos contra ellas mismas, símbolos que terminan, más tarde o más temprano, por derrumbarlas. ■

Nota biográfica de Raúl Rivero

Raúl Rivero (Morón, Ciego de Ávila, Cuba, 1945) es poeta y periodista cubano. Fue redactor del semanario cultural *El Caimán Barbudo* y de la revista *Cuba Internacional*. Trabajó en Moscú como corresponsal de la agencia de noticias cubana *Prensa Latina*. Ha obtenido los Premios David y Julián del Casal, ambos de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

En 1995 fundó en Cuba la agencia de prensa independiente *Cuba Press*. Es vicepresidente de la Comisión de la Libertad de Prensa e Información de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). Forma parte del consejo editorial de la *Revista Hispano-Cubana* y del equipo de redacción de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, ambas editadas en España. En 1997 recibió el premio internacional *Reporteros Sin Fronteras* por su labor como periodista independiente.

Ha publicado en Cuba los libros de poemas *Papel de hombre*, *Poesía sobre la tierra*, *Corazón que ofrecer*, *Cierta poesía*, *Poesía pública*, *Escribo de memoria* y el libro de reportajes periodísticos *La nieve vencida*. Fuera de Cuba, se han editado sus poemarios *Firmado en La Habana*; *Puente de guitarra*, *Estudios de la naturaleza* y *Recuerdos olvidados*. Recientemente se publicó en España la recopilación de sus artículos periodísticos *Sin pan y sin palabras. A favor de la libertad en Cuba* (Península, Barcelona, 2003).

En 2003 fue condenado en Cuba a veinte años de prisión por delitos de opinión. Desde esa fecha, ha recibido numerosos premios a la libertad de expresión, entre otros, el de la UNESCO, el del periódico *El Mundo* y el de la Asociación de la Prensa de Granada.

En julio de 2004, y como apoyo a una declaración en la que se pedía la libertad de Raúl Rivero, firmada por más de 100 intelectuales españoles durante el Primer Festival de Poesía de Granada, el Ayuntamiento de Granada acordó, por unanimidad, aprobar una moción que concede refugio durante un año a Raúl Rivero por su condición de escritor perseguido en Cuba.

